



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



DETLI

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo
ISBN 978-950-585-116-4



UNION
ACADEMIQUE
INTERNATIONALE

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

comparada. (ing. comparative literature, fr. *littérature comparée*, it. *letteratura comparata*, al. *Vergleichende Literaturwissenschaft*, *Komparatistik*).

Disciplina de los estudios literarios cuyo objeto se identifica con la dimensión interliteraria o transnacional de la literatura.

Esta primera aproximación debe, no obstante, matizarse atendiendo a la evolución de la disciplina y a la subsiguiente modificación de algunos de sus presupuestos de partida más básicos. En lo fundamental, estos presupuestos se refieren a cuestiones tales como la identificación entre literatura y nación o a la propia identidad estética de la literatura, afectadas en la medida en que nociones como la de transnacionalidad, *interculturalidad, *interdisciplinariedad y transmedialidad han acompañado algunas de las reformulaciones recientes de la práctica comparatista.

Por su propia condición, la literatura comparada ha sido uno de los exponentes privilegiados de la profunda reorientación de los *estudios literarios en la época contemporánea. Esto implica tanto a su metodología y objeto como, en otro nivel, a su relación íntima con el horizonte geopolítico, que ha marcado de manera intensa el devenir de estos estudios. Así, por ejemplo, la rivalidad franco-prusiana en el siglo XIX y la conformación de la identidad europea moderna, la emergencia norteamericana como potencia global tras la Segunda Guerra Mundial, la guerra fría, los procesos de descolonización o el globalismo desatado tras la caída del muro berlinés constituyen trasfondos que permiten entender algunas de las encrucijadas disciplinares más relevantes. De ahí el paso de un comparatismo centrado primordialmente sobre la noción de literatura europea, con Francia y Alemania como ejes dominantes, a su formulación norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial y su revisión actual, tras la atracción del *multiculturalismo y los *estudios culturales, en los términos de una *literatura mundial o planetaria. En este contexto, España ha sido más objeto, y por lo general secundario, que sujeto del desarrollo moderno del comparatismo, aunque no hayan faltado algunas presencias ilustres en la historia de la disciplina.

Si se contrastan algunas de las definiciones de más amplia circulación académica, las tensiones básicas de la concepción disciplinar de la literatura comparada se hacen fácilmente perceptibles. En un capítulo de *Comparative Literature: Method and Perspective* (Horst

Frenz y Newton P. Stallknecht, 1961), que ha sido considerado como el primer manual norteamericano de la disciplina e hito en la proclamación de su supuesta hora norteamericana frente a la francesa (distinción manejada primero por René Étiemble y consagrada entre nosotros por Claudio Guillén), Henry Remak (1989: 89) —alemán de nacimiento, francés de formación y norteamericano en su trayectoria académica— señalaba lo siguiente: "La literatura comparada es el estudio de la literatura más allá de las fronteras de un país particular y el estudio de las relaciones entre la literatura y otras áreas de conocimiento o de opinión, como las artes (*i.e.*, pintura, escultura, arquitectura, música), la filosofía, la historia, las ciencias sociales (*i.e.*, política, economía, sociología), las ciencias naturales, la religión, etc. En resumen, es la comparación de una literatura con otra u otras y la comparación de la literatura con otros ámbitos de la expresión humana". Como se puede ver, las nociones básicas de comparación y de literatura resultaban muy visibles en esta definición, lo mismo que una vocación interdisciplinaria e interartística que venían a añadirse a las clásicas relaciones literarias asociadas de forma habitual con el comparatismo francés de linaje decimonónico. Porque lo cierto es que Remak seguía dando por supuesta la existencia *de facto* de literaturas discretas y bien diferenciadas, se entiende que, a partir de un principio lingüístico y nacional, que constituirían el objeto de la comparación. Claudio Guillén, por su parte, tomaba sus distancias frente, no sólo al comparatismo más tradicional de progenie francesa, sino también a posiciones como a las asumidas programáticamente por Remak. En *Entre lo uno y lo diverso*, por tanto, a mediados ya de los años 80 del siglo pasado, escribía Guillén (2005: 27) a modo de tesis inicial: "Por literatura comparada (rótulo convencional y poco esclarecedor) se suele entender cierta tendencia o rama de la investigación literaria que se ocupa del estudio sistemático de conjuntos supranacionales ... Y digo supranacional, mejor que internacional, para subrayar que el punto de arranque no lo constituyen las literaturas nacionales, ni las interrelaciones que hubo entre ellas". En la mira de este, pues, la superación del trasfondo nacional de las indagaciones comparatistas y la búsqueda de un universalismo que habían propugnado en varios momentos, y con distintos matices, otros representantes bien conocidos de la tradición comparatista como René Étiemble. De otra forma, los énfasis de estos investigadores cuestionaban la validez de un concepto de literatura comparada, entendida por oposición a la literatura general, cuyo objeto serían, según la célebre consideración de Paul Van Tieghem (1931: 175), "les faits d'ordre littéraire qui appartiennent à la fois à plusieurs littératures", en tanto que la primera se ocuparía de "la

Comparada

constatation des rapports binaires" (1931: 170) entre las literaturas nacionales.

Con respecto a la dimensión más orientada hacia la interdisciplinariedad y las investigaciones interartísticas, ha de señalarse que el propio Remak con el paso del tiempo habría de lamentarse en 1985, el año de *Entre lo uno y lo diverso* de Guillén, de que el conocimiento de idiomas y la sensibilidad literaria de los nuevos comparatistas habría decrecido en la misma medida en que se habrían intensificado sus pretensiones interdisciplinares. La decepción de Remak apuntaba a lo que a esa altura era ya todo un motivo recurrente en las consideraciones metadisciplinares sobre el comparatismo literario hasta nuestros días: el de su crisis o, de manera más positiva, el de la identificación de cada momento en el desarrollo de la disciplina como una coyuntura decisiva para su futuro intelectual. A finales de los años 50 habían recurrido ya a esta retórica de la crisis, aunque por razones bien diferentes, Étiemble, propugnando una apertura del horizonte hacia el oriente, y también René Wellek, con formulación más ominosa, al denunciar la incapacidad de la literatura comparada para establecer un objeto y un método específicos. Esta suerte de consideraciones serían tenidas muy en cuenta por los informes sobre el estado de la disciplina, que con una periodicidad prevista de diez años ha venido comisionando la Asociación Americana de Literatura Comparada (ACLA) desde 1965 y que hoy en día constituyen una sugestiva referencia de los avatares del comparatismo en el medio universitario norteamericano del último medio siglo, cuya incidencia sobre el horizonte global de la práctica comparatista no es preciso subrayar.

En el tercero de estos informes, correspondiente al año 1993, su principal responsable, Charles Bernheimer, invocaba con insistencia un escenario de transformaciones profundas respecto, sobre todo, a los contextos en los que se habían elaborado los informes previos bajo la dirección, respectivamente, de Harry Levin (1965), principal mentor de Claudio Guillén, y de Thomas Greene (1975). Ambos habían planteado tanto los exigentes presupuestos, en especial filológicos, que habían guiado la implantación de los programas de literatura comparada a partir de finales de los años cincuenta en algunas universidades norteamericanas, como, en particular Green, la prevención ante algunas supuestas desviaciones de los requerimientos iniciales. Para el informe Bernheimer, que se iniciaba con una valoración de los dos anteriores, el

impulso para el desarrollo del comparatismo norteamericano tras la década de los años 50 tuvo que ver con un deseo de expandir el horizonte de los estudios literarios en busca, en buena media, de reconstruir desde fuera la imagen de una unidad cultural europea tras la debacle de la guerra mundial. Pero insistía, al mismo tiempo, que se habría tratado de un programa intelectual que reforzaba, de un lado, la articulación identitaria nacional de Europa y, de otro, trasladaba una visión muy selectiva e incluso elitista de la disciplina, tanto por los requisitos lingüístico-filológicos que se establecía como por el énfasis en la selección de los estudiantes y en los medios de que debían disponer las instituciones que se decidiesen a implantar esta índole de estudio e investigación. Frente a ello, en el informe de 1993 se postulaba un alejamiento del previo "restrictive Eurocentrism" y, sobre todo, una expansión del campo en un sentido que va más allá de la mera internacionalización tradicional en la literatura comparada. Se trataba, y se constataba así en la práctica del comparatismo de inicios de los 90 (Bassnett, 1993), de algo que desbordaba la mera comparación e incluso cuestionaba la centralidad y la validez misma de la literatura como campo específico de la disciplina: "These ways of contextualizing literature in the expanded fields of discourse, culture, ideology, race, and gender are so different from the old models of literary study according to authors, nations, periods and genres that the term *literature* may no longer adequately describe our object of study" (Bernheimer, 1995: 42). El contraste con las tesis preconizadas por René Wellek en su clásica toma de posición formulada en "The Crisis of Comparative Literature" (1959), donde criticaba acerbamente los presupuestos historicistas del comparatismo —centrados en la práctica de la *tematología e imagología— y proponía la *literariedad como foco básico para una redefinición de la disciplina.

Si se atiende al hecho de que esta eufemística "contextualización de la literatura", en buena medida una resituación de la práctica comparada en el espacio de los estudios culturales (Tötösy de Zepetnek, 2003), se acompañaba de una explícita reconsideración del papel desempeñado por la literatura traducida en los currículos académicos, con el consiguiente reforzamiento del inglés como lengua instrumental de la disciplina, parece legítimo preguntarse hasta qué punto esta voluntad renovadora desde sede norteamericana no abre la vía a un proyecto de voluntad hegemónica en el nuevo contexto de un globalismo rampante. De hecho, desde ese mismo ámbito han surgido expresiones de disidencia ante algunas implicaciones de este modelo a través de voces tan autorizadas como las de Gayatri Spivak, Edward

Comparada

Said o Emily Apter. Es significativo, por demás, que el siguiente informe, coordinado por Haun Saussy, llevase como título, al ser publicado en 2006, *Comparative literature in an Age of Globalization* y que dos de sus características más llamativas fuesen, de una parte, la presencia mucho menor de las preocupaciones ideológicas e identitarias (ligadas a raza o género) y, de otra, la inequívoca colocación en el punto de mira de la noción de *World literature*, algo más que una mera reformulación de la *Weltliteratur* que vislumbrara Goethe en el primer cuarto del siglo XIX.

En el informe correspondiente a 2014-2015, presentado en la web de la ACLA, se observa un nueva e inevitable traslación de los puntos de interés, en absoluto inconsecuente con los precedentes inmediatos. De un lado, la *World literature* aparece considerada ya con una mayor prevención, por cuanto la delimitación de su campo se ha mostrado enormemente elusiva y a veces muy sesgada, y se han ido imponiendo las reservas que, de hecho, ha suscitado desde muchos frentes distintos en los últimos años. Además, otras cuestiones complementarias, las cuales contribuyen a concepciones más matizadas y menos expansivas de lo mundial, han aflorado con fuerza, como la reformulación necesaria de las formas de lo local o las implicaciones de los movimientos migratorios. Pero, de otro lado, hay nuevos aspectos que se suman al repertorio de temas que la literatura comparada considera como propios y urgentes en un momento más de renovación disciplinar: entre otras cuestiones, la literatura electrónica, la cultura visual o las humanidades digitales. Puede argüirse, en efecto, que los nuevos medios, y su incidencia sobre las ideas tradicionales acerca de la literatura, son también una faceta decisiva de los procesos de mundialización en curso. Cabe hablar, pues, de un esfuerzo del comparatismo por asegurar su vigencia mediante la asunción efectiva de que su objeto tiene un alcance mundial, a sabiendas de que ello implica una profunda modificación de ese mismo objeto. Y también de algunos de sus presupuestos: el que lleva, por ejemplo, a rebajar el prurito filológico y lingüístico en favor de aproximaciones mucho más tolerantes hacia la traducción, no solo como fenómeno de estudio, sino como instrumento y medio de trabajo.

Las cosas parecen haber ido mucho más lejos —y en dirección distinta— de lo que Claudio Guillén trató de presentar bajo el rótulo de hora americana. La capacidad de reformulación del campo desde estos planteamientos ha sido tanto más fuerte cuanto se ha difuminado el rigorismo inicial en la delimitación de la disciplina. Y hasta cierto punto

podría decirse que, de la postulación inicial de la literatura europea como horizonte y ámbito casi natural de la práctica del comparatismo literario, se ha pasado a la literatura mundial, por mucho que ninguno de estos dos referentes literarios —y de la noción de *cosmopolitismo literario con que se asocian— esté libre de conflictos. Muy ilustrativo de todo ello son las versiones divergentes sobre los orígenes e historia del comparatismo literario.

Si atendemos, por ejemplo, a los relatos habituales sobre los orígenes del comparatismo, ha de mencionarse la postulación por parte de Jean-Jacques Ampère, hijo del físico y matemático André-Marie Ampère, de "une histoire comparative des arts et des lettres chez tous les peuples" en la apertura de un curso dictado en el Ateneo de Marsella en 1830. No era más que una aspiración, que, sin embargo, contaba con algunas precedentes muy cumplidos como las que cabe atribuir a nombres como Juan Andrés, el jesuita autor de *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (1782-1799), culminación de las historias literarias dieciochescas, o las bien conocidas obras de Mme de Staël o de los hermanos Schlegel, por no mencionar la influyente producción de Herder, que desde algunos decenios antes había comenzado a trasladar la atención hacia la *poesía popular y el genio expresivo de las diferentes naciones. Son anticipaciones, al margen de cualquier pretensión disciplinar específica, que obligan a considerar igualmente otras obras como el *Essay upon epic poetry* (1727) de Voltaire, que se centraba en la "European nations"; o el *Discorso storico critico sopra le ultime vicende della letteratura* (1761) de Carlo Denina, que ha sido situada en el origen de historia comparada de la literatura por Franca Sinopoli (1996); o, por poner otra ilustración posterior, la *History of Fiction* (1814) de John Colin Dunlop, que traza el recorrido de la escritura novelística y romancesca con un horizonte de nuevo europeo. O incluso, a su zaga, el *Essay on romance* (1824) de Walter Scott, en la que la literatura de caballerías peninsular ocupa una posición de privilegio. Esto es, aproximaciones a géneros y formas literarias nunca limitadas a una sola tradición nacional o lingüística, que, de hecho, reconocen sus propios antecedentes, como el que pueda significar, por ejemplo, el *Traité de l'origine des romans* (1670) del obispo de Avranches, Pierre-Daniel Huet.

Tratar de la literatura desde una perspectiva que supere los límites lingüísticos y territoriales de la nación con un aliento europeo o mundial no fue, por tanto, una novedad propia del comparatismo literario. Conviene tenerlo en cuenta para entender lo que de verdad caracteriza

Comparada

al comparatismo. Desde un punto de vista estrictamente institucional, los orígenes de la disciplina no son tangibles hasta la última parte del siglo. XIX. Es cierto que la denominación había ya tenido una circulación considerable. Piénsese, por poner un caso, en el "Cours de littérature comparée", publicado en 1816, de François-Joseph-Michel Noël y François de La Place —como recordaba Alejandro Cioranescu, sobre todo una antología de textos de apenas tres literaturas— o en el curso impartido en 1835 por Philarète Chasles en el Ateneo parisino bajo el título "Littérature étrangère comparée", en el que desde las primeras palabras se llamaba la atención sobre lo que el asunto mismo tenía de extraordinario "par sa nature, par son nouveauté, par la singularité à demi métaphysique, à demi érudite des contours qu'il doit employer". En términos generales, cabe afirmar que esta clase de testimonios, que se sucederán a lo largo del siglo XIX, ilustra la tendencia a relacionar la literatura francesa con sus vecinas como medio para resaltar la capacidad de asimilación de aquella y su posición de privilegio en un marco europeo. Sin duda, una proclividad íntimamente ligada a aquello que Michel Espagne (1993) definió como el "paradigma extranjero", que habría servido para la articulación de la literatura francesa como *literatura nacional a lo largo del siglo XIX en un contexto europeo, en consonancia con la creación en distintas universidades de Francia de las cátedras de literatura extranjera a partir de 1830. Como apunta el propio Espagne, este proceso que conduce a la reinvenición de la literatura francesa partió del descubrimiento previo de las literaturas extranjeras como literaturas nacionales, entre ellas destacadamente la española. Para el caso concreto de esta última, vale la pena recordar su presencia destacada como objeto de referencia y análisis en términos comparativos en obras como el *Tableau de la littérature au Moyen Âge en France, en Italie, en Espagne et en Angleterre* (1830), de Abel Villemain, o, de manera aún más específica, en los dos volúmenes de la *Histoire comparée des Littératures Espagnole et Française* de Adolphe Puibusque (1843).

No obstante, como adelantábamos, la institucionalización disciplinar de la literatura comparada hubo de esperar a los últimos años del siglo XIX. Es entonces cuando, de acuerdo con la historia canónica descrita por Paul Van Tieghem en el primer manual francés del ramo, de 1931, se fundó la primera cátedra de la materia —en realidad, de "Literaturas modernas comparadas"— en Lyon el año 1891, cuyo titular fue Joseph Texte, a la cual seguiría luego, no inmediatamente, la implantación de otros estudios con la denominación de comparados en

la Sorbona, el Collège de France o la Universidad de Estrasburgo. El proceso fue, con todo, lento, de modo que a la altura de 1921, cuando comienza su andadura la *Revue de littérature comparée*, fundada por Fernand Baldensperger y Paul Hazard, sólo tres universidades galas emitían títulos de la disciplina. A la luz de datos como estos ha de matizarse la impresión de que la historia inicial de la literatura comparada sea una historia exclusivamente francesa. La primera revista en la historia de la disciplina fue *Acta Comparationis Litterarum Universarum*, fundada en la actual Cluj —entonces Klausenburg, en alemán, o Kolozsvár, en húngaro— por Hugo Meltzl y Samuel Brassai el año 1877, cuando húngaro y alemán eran las lenguas dominantes en la actual ciudad rumana. Este entorno polémico y pluricultural, además de periférico respecto de los ejes hegemónicos en la identidad cultural europea, dejó una perceptible huella en la orientación programática de la revista. Por ejemplo, en el rechazo explícito del nacionalismo de la *historiografía literaria predominante en ese momento, en provecho de una visión compleja y planetaria de la literatura mundial, o en la consiguiente asunción del poliglotismo como principio editorial, con la proclamación de diez lenguas oficiales, aunque en la práctica las lenguas de uso fuesen muchas menos, con el predominio del alemán y el húngaro y la ausencia práctica del español.

La relevancia de la política lingüística del comparatismo, y de sus premisas implícitas (a veces muy explícitas) de índole geocultural, se hizo patente ya en esos momentos con la fundación en Berlín del *Zeitschrift für vergleichende Literaturgeschichte* en 1887 por el profesor de Marburgo Max Koch con un programa sesgado por un germanocentrismo rotundo, tanto en sus asuntos como en la lengua privilegiada editorialmente. Así lo ilustra la tesis doctoral del italiano Arturo Farinelli sobre las relaciones entre las literaturas española y alemana, publicada parcialmente por entregas en la revista de Koch en 1892, con el título general "Spanien und die spanische Literatur im Lichte der deutschen Kritik und Poesie", y luego en volumen aparte, que merecería los comentarios de Marcelino Menéndez Pelayo, muy atento siempre al naciente ámbito disciplinar (Garrido Gallardo, 2013), o de Leopoldo Alas. Por esos mismos años, Hutcheson Macaulay Posnett, norirlandés de origen y durante años profesor de la Universidad de Auckland en Nueva Zelanda, dio carta de naturaleza a la expresión *Comparative literature* al publicar la obra de ese título en 1886, de la que también daría cuenta en su momento Clarín. Presentaba Posnett una visión de tintes sociológicos y evolucionistas en la que argumentaba el desarrollo de la(s) literatura(s), con notable atención a las de radicación

Comparada

extraeuropea (india, china o árabe), desde el marco colectivo y reducido del clan hasta alcanzar, pasando por la ciudad, una dimensión mundial, cifrada por él en la antigüedad grecolatina, y llegar por último a las literaturas de las naciones europeas. Meltzel y Posnett han sido considerados alguna vez como exponentes de una visión antinacionalista de la literatura comparada, en disidencia respecto al predominio abusivo de las grandes potencias en la configuración del escenario literario internacional (Damrosch, 2006), y no menos al provincianismo que en *Comparaison n'est pas raison. La crise de la littérature comparée* (1963) reprochaba René Étiemble a la tradición académica francesa más ortodoxa, acusada de complacerse en "une étroite culture bien française et bien historiciste".

Añádase a lo anterior que Francesco De Sanctis había ocupado una cátedra denominada "della letteratura comparata" en Nápoles, desde 1872 hasta 1883, y que Arturo Graf ostentaría una posición en semejante en Turín a partir de 1876. Por otra parte, en esos mismos años también se dejaron sentir en Suiza los primeros pasos hacia la institucionalización de la literatura comparada. Édouard Rod, eligió como tema para inaugurar en 1886 su curso sobre Historia general de las literaturas modernas la lección titulada "De la littérature comparée", donde proporcionaba las grandes líneas del método plenamente historicista del comparatismo tradicional. Y en Zúrich Louis Paul Betz había comenzado su andadura como profesor de literatura comparada el mismo año que lo hizo Texte. Con él se asocia además uno de los hitos iniciales de la disciplina: la publicación entre 1896 y 1897 en la *Revue de philologie française et de littérature* de la primera bibliografía sistemática de la literatura comparada. En el caso español, es digno de mención asimismo el episodio sin aparente continuidad posterior que supuso el que, como consecuencia de una reforma de las facultades de Filosofía y Letras realizada bajo el ministerio de Germán Gamazo en 1883, se llegasen a considerar materias comparatistas como una Filología comparada de latín y castellano o, más interesante para nosotros, un Estudio comparado de las modernas literaturas europeas. No obstante, es de sobra conocido que, pese a algunas consideraciones positivas, como las que se deben a Menéndez Pelayo, el comparatismo no llegó a cuajar en España como práctica disciplinar, de modo que, si atendemos a Daniel-Henri Pageaux (1999: 63) en sus observaciones sobre la situación peninsular, "L'histoire de la discipline ... devrait faire apparaître, dans le deux pays [España y Portugal], les comparatistes sans le savoir et le ancêtres du siècle dernier [s. XIX], et aussi les

pionniers, nos contemporains". Entre estos últimos, Jacinto Prado Coelho y Claudio Guillén, sin olvidar una figura de la singularidad y relevancia de Alejandro Cioranescu, autor, entre otros muchos trabajos, del primer manual español de la materia, *Principios de literatura comparada*, aparecido en La Laguna en 1964.

Fuera de Europa, no debe desestimarse la creación en Estados Unidos de cátedras como las que ocuparon George Woodberry en Columbia (1899), desde donde dirigió el *Journal of Comparative Literature*, o H. C. Schoffield en Harvard (1906). No obstante, la revitalización de la disciplina luego de la Segunda Guerra Mundial fue acompañada de la emoción de lo novedoso y minoritario, lo mismo que, curiosamente, se puede leer en algunos textos de la materia en la Francia de los años sesenta, momento en el que la disciplina alcanzó verdaderamente un territorio propio y bien definido en la universidad gala. Esta es una de las peculiaridades de esta disciplina tan antigua, que parece gozar siempre del privilegio de lo nuevo y de la capacidad permanente para llamar a una revisión de los presupuestos de su campo de estudio.

No supone exageración ninguna afirmar que el grueso de todas estas prácticas incurre en el terreno de la *historia literaria. De otra manera, son exponentes de la historia literaria comparada. La literatura comparada, en efecto, es en sus comienzos una forma de historia literaria más que cualquier otra cosa, en especial si las aproximaciones de carácter más estético, abstracto o filosófico se sitúan bajo el rubro, de tanta circulación académica en el siglo XIX, de literatura general. En suma, Villemain, Chasles, Puibusque y, luego, Texte o Brunetière y, por supuesto, Van Tieghem cultivaron sobre todo la perspectiva histórica. Conviene recordar que este último concibió la "historia literaria internacional" como exponente de una literatura general entendida como superación del mero comparatismo. A ese propósito recordaba un aserto de Ferdinand Brunetière que llamaba a subordinar la historia de la literaturas particulares a la historia general de la literatura de Europa. Brunetière había sido, precisamente el autor de un trabajo muy ilustrativo sobre el trasfondo de estos planteamientos, que tenía por título "La Littérature européenne", en origen la ponencia de apertura de la sección de *Histoire de la Littérature comparée* del *Congrès international d'histoire comparée* celebrado en el marco de la Exposición Universal de 1900. En él establecía la idea de que las "grandes literaturas" de Europa no se desarrollaron "simultáneamente" sino "sucesivamente". Esto es, tales literaturas sólo podrían considerarse

Comparada

europeas en la medida en que dejaron sentir la presencia de su particularidad, de su nacionalidad, más allá de sus fronteras; y esto, a juicio de Brunetière, habría ocurrido de acuerdo con una estricta secuencia cronológica en la que cabría diferenciar períodos bien delimitados en los que Italia, España, Francia, Inglaterra, Alemania, y acaso Noruega y Rusia, ya a finales del XIX, habrían impuesto su peculiaridad. Por lo demás, las restantes literaturas quedarían al margen de esta literariedad europea por su falta de trascendencia, por su incapacidad para superar sus fronteras, en lo que no es más que una versión intraeuropea del "aislamiento" aducido años antes por Chasles respecto a algunas de las grandes culturas asiáticas y americanas. Sería así no sólo por lo que se refiere a literaturas como la vasca o la bretona, para utilizar los ejemplos del propio Brunetière, sino también en lo que atañe a alguna literatura "grande", cuyas obras únicamente serían relevantes desde una perspectiva europea en la medida de sus "consecuencias". Un principio que conduce a desestimar a autores como Lope o Calderón y a relativizar una vez más la influencia española por un presunto exceso de particularidad.

Recuérdese, por otra parte, que la revista de Koch apuntaba como su objeto la *vergleichende Literaturgeschichte*. Pero acaso lo más pertinente es que, al margen de las proclamaciones de comparatismo, otros empeños historiográficos tenían también un marco que era, de modo más o menos claro, plurinacional o, en todo caso, comprendían áreas mucho más amplias que el de las naciones singulares. En otras palabra, sugerían sobre todo la idea de una historia de la literatura europea, primer objeto de predilección del comparatismo, aunque este se entendiese como integrado por un conjunto definido de tradiciones lingüísticas y literarias nacionales. Es más, podría decirse que el nacionalismo literario sólo puede entenderse en un contexto más general, que es el europeo. Algo que se compadece a la perfección con esta afirmación de Igor Chernov (1991:770): "to define any given concrete literature as national necessitates its comparison with other entities, similar in kind but different in magnitude: other national literatures, cosmopolitan and world literatures".

Aunque no suelen ser destacadas en los panoramas sobre la historia comparada de las literaturas, los hitos iniciales de la tradición historiográfica decimonónica, las historias de Friedrich Bouterwek –*Geschichte der europaische Poesie und Beredsamkeit seit der Ende des dreizehnten Jahrhunderts*, publicada en doce volúmenes entre 1801 y

1819– y de Jean-Charles-Leonard Sismondi –*De la littérature du Midi de l'Europe*, aparecida en cuatro volúmenes en 1813– abordaban literaturas como la española y portuguesa, más parcialmente la catalana y casi como meras menciones la gallega y la vasca, no sólo con una perspectiva, digamos, exógena, sino en relación con marcos mucho más amplios en los que cobra su sentido la parte dedicada en cada caso a las literaturas ibéricas. Esos marcos serían las literaturas europeas meridionales en el caso de Sismondi y el conjunto de la literatura y de la elocuencia de Europa a partir del siglo XIII por lo que se refiere al profesor de Gotinga. En estos mismos años, Friedrich Schlegel dio a la luz, una obra que se había originado como un ciclo de conferencias pronunciado en Viena en 1812 (ni la fecha ni el lugar son indiferentes para el futuro de la Europa postnapoleónica). Se trata de su *Geschichte der alten und neuen Literatur* (1815), que de nuevo era, sobre todo, una historia de la literatura europea construida sobre el principio del carácter nacional, que serviría de inspiración a numerosos proyectos historiográficos posteriores de nítida índole nacionalista. En efecto, los relatos nacionales se construyen sobre una base que es en buena medida comparatista, en la que determinados principios de categorización resultan especialmente fructíferos. Uno de ellos es el cronocultural, que veíamos de manifiesto a propósito de Brunetière. Otro, muy presente en todos estos casos, es el metageográfico, que utiliza categorías geográfico-espaciales como medio de caracterización de las literaturas y las culturas con un profundo calado ideológico. Categorías, en suma, como la de lo meridional y lo septentrional, o la de lo oriental, las cuales sustentan modelos interpretativos de una gran fortuna. Su procedencia inmediata remite a un importante tradición dieciochesca en este sentido, en el que los nombres de Kant, de Montesquieu o, posteriormente, de Hegel no pueden faltar. Su expresión acaso más precisa se encuentra en *De la littérature* (1800) de Mme de Staël, donde se consagraría la articulación geoliteraria de Europa a través de la oposición entre literaturas meridionales y septentrionales.

Ha de recordarse que este es el precedente inmediato de la obra de Sismondi, quien señalaría que la literatura española, a pesar de la posición de la península en el mapa, no contaba propiamente entre las meridionales por cuanto su verdadero carácter sería oriental. Prueba entre otras de la incidencia de estos planteamiento la ofrece otro de los textos clásicos de la tradición comparatista, *Jean-Jacques Rousseau et les origines du cosmopolitisme littéraire* (1895), de Joseph Texte. La tesis básica, tomada de Mme. de Staël, sería la suposición de que con Rousseau se habría consolidado la presencia del 'genio del Norte' frente

Comparada

a la tradición clásica y nacional. El Norte, sobre todo identificado con Alemania e Inglaterra, se habría incorporado a las potencias europeas con un gesto de desafío al predominio francés. Sin embargo, la reacción de la literatura francesa habría sido la de abrirse a las influencia revitalizadoras del exterior para realizar un ejercicio de apropiación o, si se quiere, de cooptación. En palabras de Texte (1895: 454), “nos écrivains ... avaient appris, a travers de Rousseau, à s’infuser eux aussi cette «sève étrangère» qui lui avait servi à greffer le vieux tronc national”. El nombre de esta reacción es el de cosmopolitismo y, en su plena expresión, habría trascendido del ‘germanismo’ inicial para pasar a abarcar “la littérature du monde”. En suma, un precedente significativo de los debates actuales sobre lo mundial, lo planetario y lo global.

Luego la historia literaria comparada tendría otras manifestaciones en la segunda mitad del siglo. Destaca la obra del danés Georg Brandes, acaso por partir de la posición periférica y minoritaria de la cultura danesa para establecer su visión del comparatismo, ligada de manera patente a un programa de índole geopolítica. Esta modulación liberal del cosmopolitismo literario, concebido como europeísmo, tuvo su expresión en la imponente investigación *Hovedstrømninger i det Nittende Århundredes Litteratur* [Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX], publicada en seis volúmenes entre 1872 y 1890. Algunos de sus planteamientos se pueden entrever en posteriores empeños. Cabe recordar, por ejemplo, el hecho de que el primero de los volúmenes se dedicase a los exilios y migraciones políticas de la parte inicial de aquel siglo como hito inicial en la configuración de la literatura europea moderna, que él focaliza sobre la escritura en alemán, inglés y francés. Su defensa de la perspectiva comparatista fue explícita y su formulación muy próxima a la de algunos proyectos mucho más recientes. Se lee en la introducción al primero de los volúmenes: "The central subject of this work is, then, the reaction in the first decades of the nineteenth century against the literature of the eighteenth, and the vanquishment of that reaction. This historic incident is of European interest, and can only be understood by a comparative study of European literature. Such a study I purpose attempting by simultaneously tracing the course of the most important movements in French, German, and English literature. The comparative view possesses the double advantage of bringing foreign literature so near to us that we can assimilate it, and removing our own until we are enabled to see it in its perspective. We neither see what is too near the eye nor what is too far away from it" (Brandes, 1906: I, vii).

Ciertos aspectos de la obra del autor danés se aprecian, por ejemplo, en otro proyecto de largo aliento como es la Comparative History of Literatures in European Languages Series (CHLEL), que ha venido amparando la International Comparative Literature Association desde la aparición del primero de los volúmenes de la serie en 1973, cien años después del primero de los de Brandes. La gestación del proyecto tuvo mucho que ver con el interés hacía la literatura comparada que se había venido manifestando por parte de los medios académicos y oficiales de la Europa sometida a la tutela soviética desde principios de los años 60, como acreditaría René Étiemble en su célebre ensayo *Comparaison n'est pas raison*. En efecto, el proyecto fue aprobado en 1967 en el marco del V Congreso de la ICLA, que tuvo lugar en Belgrado; pero se remontaba a debates previos sostenidos en distintas reuniones, que tuvieron por sede Budapest o Moscú, donde se reclamó una y otra vez la necesidad de considerar las literaturas de los países del este en la representación de Europa a cargo de la historia comparatista.

Una observación al margen. Claudio Guillén fue comentarista y crítico muy perspicaz de este proyecto. Su artículo "On the Object of Literary Change" del año 1968, entre otras intervenciones, da fe de ello. En este trabajo, que José-Carlos Mainer consideró ser "sin duda la aportación más sustanciosa de un español a la teoría literaria contemporánea", abordaba desde un prisma en lo fundamental teórico algunos de los desafíos e incertezas que por fuerza debía afrontarse. E incluía, en ese contexto, una observación de indudable calado, presentada entonces como instancia de una hipótesis más amplia sobre la condición efímera y coyuntural de las literaturas nacionales: la literatura española en cuanto literatura nacional sólo habría tenido vigencia desde la segunda mitad del siglo XVIII, y, ya desde mediados del siglo XX, habría comenzado a declinar como resultado, por una lado, de su ampliación al ámbito general de la lengua española y, por otro, de la conciencia acrecentada de España como un país pluricultural y plurilingüe. La mirada comparatista, a poco que no se contente con el gesto superficial, afecta con radicalidad a las articulaciones más asentadas en clave nacional de los estudios literarios.

En cualquier caso, la mayoría de los intervenciones no fueron ni mucho menos tan audaces. De las discusiones resultó la denominación centrada en la formulación "literaturas en o de lenguas europeas", por tanto en nacionalidades literarias, que, sin embargo, sobrepasaban los límites geográficos del continente para incluir aquellas literaturas de "tipo europeo" de otros continentes, sin que, curiosamente, el fenómeno

Comparada

de la colonización se considerase determinante entonces, ni siquiera desde un punto de vista geoliterario. Por otra parte, se optó por una estructuración organizada en torno al estudio de períodos y corrientes, con el énfasis casi inevitable sobre una cronología canónica. Cierto es, sin embargo, que estas delimitaciones acabarían por resultar obsoletas y provocar distintas reacciones. Frente a la regulación cronológica, surgieron volúmenes dedicados a ámbitos como el de las literaturas subsaharianas o el de las caribeñas, con dificultades que no eran estrictamente las de la tradicional concepción de la literatura europea. Y algo más tarde también se abrirían camino otras series de volúmenes cuyo objeto serían geografías literarias intraeuropeas especialmente complejas como la de Europa central y oriental o la de la península ibérica. El verdadero giro metodológico había sido, no obstante, el auspiciado por los debates en torno a una historia posible de las culturas literarias en Latinoamérica, animados por Mario Valdés y Linda Hutcheon, la cual finalmente se publicaría al margen de la serie de la ICLA, donde se hizo patente la irrupción de modelos teóricos innovadores, así como la desconfianza respecto a la noción canónica de lo literario, la idea naturalizada de nación y las cronologías ortodoxas por períodos y épocas. En algunos casos, la proyección política de estos empeños tenía además expresión explícita, como en los volúmenes sobre la Europa central y del este, impulsados por John Neubauer y Marcel Cornis-Pope, inconcebibles al margen de los sucesos y procesos abiertos a partir de los acontecimientos de 1989.

Otro horizonte es el sugerido por proyectos de gran influencia en los primeros años del siglo XXI que, de una forma u otra, se han inscrito en la tradición del comparatismo y la historia literaria. Su característica común es la conciencia de que Europa ya no puede ser el espacio de predilección de la práctica comparatista. Todo estaba anunciado en la lógica elegíaca, por no decir sombría, de, valga como ejemplo, Erich Auerbach en trabajos clásicos como “*Philology and Weltliteratur*” o el prefacio a *Literary language and Its Public in Late Latin Antiquity and in the Middle Ages*, ambos pertenecientes a su etapa norteamericana iniciada en 1947. Resulta sintomático, sin duda, que desde Europa otros autores, bajo el impacto común del conflicto bélico, buscasen en la *internacionalidad de la lengua latina el soporte de una historia literaria y aun de una posible identidad cultural europeas. Fue el caso bien conocido de Ernst Robert Curtius y su *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter* (1948), así como el de Paul van Tieghem, quien

había publicado en 1944 *La littérature latine de la Renaissance. Étude d'histoire littéraire européenne*.

Franco Moretti en su ensayo *Letteratura europea* (1993: 39) levantaría acta de la defunción de estos intentos, una vez que, escribía, “é diventata persino dubbia l'autosufficienza dell'Europa, rimescolata e forse scardinata dal reticolo mondiale che le é subentrato”. Puede entenderse como el efecto de las condiciones cambiantes de un marco espacial, geopolítico, en transición, que ha erradicado el antiguo cosmopolitismo en favor del comparatismo global. Una de sus consecuencias será, precisamente, el (r)establecimiento de la literatura mundial como objeto disciplinar del comparatismo, y acaso también como razón última de su obsolescencia. No otra venía a ser la tesis de fondo de Gayatri Spivak en su libro *Death of a Discipline* (2003). El propio Moretti expuso sus tesis a este respecto en uno de los trabajos de mayor impacto de los últimos años en este terreno, “Conjectures on World Literature” (2000), un artículo breve imbuido de un cierto tono de manifiesto que resultaba patente en lamamientos como este: “It's time we return to that old ambition of *Weltliteratur*: after all, the literature around us is now unmistakably a planetary system” (54). En realidad sus planteamientos forman parte de una línea coherente que discurre al menos desde su ya mencionado trabajo sobre la noción de literatura europea hasta, al menos, sus artículos con el título común de “Graphs, Maps, Trees. Abstract Models for Literary History” (2003-2004), pasando por hitos como los libros *Opere mondo* (1994) y el *Atlante del romanzo europeo, 1800-1900* (1997). En ellos se reúnen una serie de factores que, implícitamente, encuentran en su artículo del año 2000 una formulación a la vez sintética y polémica: la emergencia de una literatura que desborda la adscripción nacional para adquirir una dimensión global, la necesidad de modelos geográficos o espaciales para dar cuenta de estos fenómenos desde una perspectiva novedosa y la propuesta de una historia literaria de nuevo cuño fundada sobre la idea de la lectura distante (*distanct reading*) y la elaboración de modelos abstractos cuya forma por excelencia sería el diagrama.

La república mundial de las letras que preconiza Pascale Casanova es asunto algo distinto. Por de pronto, esta comparatista se siente mucho menos cómoda con la nueva dimensión global del hecho literario, que se aprecia como una realidad externa al propio núcleo de su modelo, más ligado al comparatismo tradicional, y también como una amenaza emergente a su vigencia. Pero hay muchos puntos en común con Moretti. Sin ir muy lejos, la voluntad por pergeñar modelos mundiales para la

Comparada

literatura, el antagonismo excluyente entre literatura mundial y las literaturas nacionales, la identificación de sus propuestas con modelos conceptuales de tenor espacial (teorías del *campo literario, *sistémicas...) que han promovido un cambio de perspectiva de los estudios literarios, la consideración de que sus propuestas tienen un carácter histórico o historiográfico y su inscripción en la tradición de la literatura comparada. Casanova, sin embargo, privilegiaba en su libro las ideas de integración y concurrencia como principios básicos de su concepción del espacio literario. Al tiempo, ponía de manifiesto su profunda desigualdad interna y la existencia de una situación de conflicto constante, la cual se convierte, paradójicamente, en el factor más efectivo de unificación del espacio literario mundial. Como se aprecia fácilmente, la lógica de Casanova difiere en gran medida de la de Moretti, quien privilegiaba sobre todo la idea de compromiso. No obstante, si la unificación se impone también en este caso es porque el conflicto se orienta hacia el reconocimiento a través de las estrategias asociadas a ese espacio literario. Esto es, se trata de un movimiento que va sobre todo de la periferia al centro de acuerdo con el esfuerzo permanente de los 'dominados' por incorporarse al núcleo dominador de este espacio literario aceptando los instrumentos de consagración que éste les ofrece. Se trataría de un esfuerzo denodado por la visibilidad, asumiendo que fuera del espacio así concebido no hay salvación posible. Por ello Casanova puede presentar su planteamiento como una teorización de la desigualdad literaria y como la descripción de un mecanismo acogedor y habilitador de posibilidades para los 'desfavorecidos'. La historia de la literatura mundial, vista así, no sería sino el análisis del curso de estos procesos.

Como ya se ha expuesto, no son los únicos planteamientos que en la actualidad procuran reorientar el radio de actuación del comparatismo mediante la interiorización de una ambición mundial o global, también desde una orientación fundamentalmente historiográfica. David Damrosch, uno de los más notorios propagadores de esta remodelación de la literatura comparada, desde su posición al frente del departamento correspondiente de la universidad de Harvard y de director de Institute for World Literature, ha propugnado igualmente una historia de la literatura mundial, precisamente porque, en particular luego de mediados de los años 90, la ampliación del *canon más allá del horizonte de la literatura europea y occidental la habría hecho posible por primera vez en un sentido estricto. Aunque quepa aducir que esa ampliación del canon se produjese, en realidad, desde la

limitada, pero muy abarcadora e inclusiva, perspectiva anglófona de la academia estadounidense, lo cierto es que las iniciativas en este sentido han procedido también de otros lugares, como Francia o Suecia. La cuestión central es, con todo, la del objeto de este tipo de historia literaria. Para Damrosch la respuesta conduciría a postular una nueva categoría: la *global world literature*. No se trataría, pues, de tratar del conjunto de la producción literaria mundial de todas las épocas, sino de atender a un cierto tipo de literatura especialmente visible a partir de los años sesenta del siglo pasado: "literature of genuinely global scope, whether in authorial intention or in its circulation among readers" (2008: 483); pero que contaría con precedentes de mucho calado, de forma especial en la época previa al surgimiento de las literaturas nacionales. Su objeto sería el análisis de los procesos mediante los cuales autores de distintas épocas han lidiado con la relación entre su contexto local y el mundo en torno a sus culturas de origen. Una preocupación que, evidentemente, solo adquiere sentido desde la situación de globalización intensa de la cultura contemporánea.

Buena parte del recorrido reciente de la literatura comparada atiende a las condiciones de la literatura en un entorno geocultural muy transformado y trata de darle una respuesta en consonancia con lo que ha sido su tradición disciplinar: la historia literaria comparada o supranacional. Pero el comparatismo, aunque fundamentalmente historiográfico, también ha frecuentado otros caminos. La atención a algunos de los manuales programáticos de la materia resulta iluminadora en este sentido. Así, por ejemplo, Paul Van Tieghem proponía en el suyo, de 1931, una serie de dominios disciplinares que venían a configurar un mapa de las incumbencias del comparatismo. Partiendo de una metodología basada en la confianza en la relaciones de hecho y en las conexiones binarias entre autores de literaturas diferentes, el objeto básico de interés del comparatista sería el pasaje a través de una frontera lingüística de distintos elementos, cuya naturaleza o la perspectiva adoptada, definiría los dominios de estudio: la *génesis*, si se trata de *géneros; la *tematología*, cuando son *temas o *mitos; la *doxología*, que analizaría la fortuna de un determinado elemento de una literatura en otra, privilegiando su procedencia; la *crenología*, cuya orientación sería la inversa, al privilegiar la identificación de *fuentes; y la *mesología*, centrada en la figura de los intermediarios de los que depende que la relación de *influencia se produzca.

Comparada

Salta a la vista la condición sumamente restrictiva del planteamiento de Van Tieghem, incluso a ojos de algunos de sus seguidores más próximos, pero lo cierto es que su ejercicio de cartografía disciplinar dejó una profunda huella sobre todo, aunque desde luego no exclusiva, en la tradición francesa. Si atendemos al manual de Robert J. Clements *Comparative literature as academic discipline* (1978), muy próximo a la retórica y a la pragmática del memorándum, observaremos diferencias profundas, que tienen que ver con su momento y su contexto, pero también líneas de continuidad notables. Entre estas, el énfasis sobre géneros, influencias y temas. Y entre aquellas, sobre todo tres, que marcan o al menos insinúan un cambio de paradigma: la atención a las "interrelations of literature", que se refieren a las que la literatura (en singular) mantiene "with other arts and with the sciences"; el desentendimiento de la distinción entre literatura comparada y general, que sugería una mayor incidencia de la teoría literaria sobre la práctica comparatista; y, en tercer lugar, el establecimiento de la literatura mundial, en un sentido pleno, como verdadero objeto del comparatismo y, al mismo tiempo, "the outermost extension of comparative literature". Resulta un ejercicio muy ilustrativo para apreciar el calado de esta clase de posicionamientos el contraponer estos tres ejes destacados por Clements con, por ejemplo, los criterios sobre estas cuestiones de Claudio Guillén, quien ni una sola vez cita a Clements en *Entre lo uno y lo diverso*, ya que en todos ellos mantiene una concepción diferenciada y con matices sustanciales.

Si volvemos al ámbito francés, en concreto al manual de 1994 realizado por Daniel Pageaux aún con el título de *La littérature générale et comparée*, podremos apreciar cómo el deslizamiento del campo de la disciplina, aun en sus formulaciones más ortodoxas, ha seguido su curso. Las grandes secciones de esta obra delinean, con un aire renovado, algunas de los espacios de incumbencia tradicionales, que ya hemos visto reflejados de distintas maneras: así las formas de *mediación y contacto entre literaturas —centrales en consideraciones como las de Pascale Casanova, pero sometidas a un diseño explicativo y teórico más general—; los temas —situados entre la ideología y el imaginario, entre la estructura y la forma—; los mitos —a diferencia de los temas, implicarían un relato básico ya preestructurado y una cierta situación ejemplar o arquetípica—, que darían fundamento a la mitocrítica propugnada por Pierre Brunel; las *imágenes en el sentido restricto de representaciones del extranjero que habían preconizado viejos comparatistas como Jean-Marie Carré o Marius François Guyard y cuyo

impulso han mantenido otros más recientes como Jean-Marc Moura o Joep Leersen; las formas y géneros, complemento de las cuestiones anteriores centradas en elementos próximos al contenido; la literatura traducida y el fenómeno —lingüístico, social, imaginario e ideológico— de la *traducción, a veces limitado abusivamente al terreno de las influencias; y lo mismo puede decirse de la relación entre la literatura y otras artes, que, a pesar de la honda tradicionalidad de la cuestión, había sido más propia de los programas comparatistas norteamericanos que de los franceses. Además de estas cuestiones se aprecia, no obstante, la emergencia de otros factores que no habían sido de consideración tan habitual en otros manuales o panoramas previos de la tradición francesa. Ocurría así con la atención no sólo hacia la historiografía, sino hacia determinados marcos metodológicos para su consideración como los de sistema o campo.

Podría decirse que se planteaba de este modo una visión articulada del campo propio de la disciplina a mediados de los años 90, que, sin embargo, seguía con ese deslizamiento ya apuntado. Una muestra de ello tiene que ver con el hecho que ciertos aspectos que se presentaban como ámbitos parciales de la disciplina —en la que pesaba, al menos, tanto el proyecto intelectual como el afán por acotar y estructurar una área académica y curricular— habían comenzado bien a orientarse en direcciones autónomas, a menudo con incumbencias más amplias que las designadas en los manuales, bien a constituir entornos disciplinares propios, sin que necesariamente hubiesen de reconocerse inscritos bajo el rótulo de literatura comparada. Un ejemplo de lo primero podría ser el estudio de las imágenes y los *estereotipos, fomentado y reconducido a partir de *Orientalism* (1978) de Edward Said y que desde entonces ha tenido un lugar preferente en el marco de los estudios *postcoloniales, potenciado también por la aproximación psicopatológica de Frantz Fanon o luego de Homi Bhabha, por no hablar, dejando atrás su relación exclusiva con las representaciones del extranjero, de su presencia ya desde los primeros años 70 en los estudios *feministas norteamericanos. De lo segundo, hay varios ejemplos elocuentes, por ejemplo, el que ha llevado del intento de integrar la literatura traducida como un dominio particular del comparatismo —Van Tieghem (1931: 161) la consideraba como "préliminaire indispensable de la plupart des travaux de littérature comparée"— hasta los Estudios de traducción (Translation studies), espacio disciplinar específico que no cabe considerar como una mera especialización de la literatura comparada.

Comparada

Pero el caso probablemente más notorio de esta situación es el que ilustra el tránsito de la comparación entre la literatura y otras artes — Clements había reservado una de las grandes parcelas en su diseño curricular a las "interrelations of literature"— hacia los estudios interartísticos y de ahí a los estudios intermediales y luego transmediales. En efecto, de la conexión binaria entre artes (literatura y música, literatura y pintura, literatura y cine...), casi a la manera de las aproximaciones por pares a las literaturas nacionales, el énfasis se ha ido trasladando a las zonas de imbricación profunda entre lenguajes artísticos distintos, a las transferencias entre medios diversos, con una atención particular al papel de la visualidad, y a la propia fluidez entre esos medios como entorno natural de la creatividad cultural. W.J.T. Mitchell, en el marco de un libro de reflexiones sobre estos problemas, dejó clara ya en 1990 la insatisfacción que producían los planteamientos más tradicionales, así como la apertura de un nuevo horizonte más allá de la lógica de la comparación: "comparison itself is not a necessary procedure in the study of image-text relations... the necessary subject matter is, rather, the whole ensemble of relations among media, and relations can be many things other than analogy, resemblance, formal similarity, and so forth" (en Barricelli, Giraldi, Lauter 1990: 31). El desarrollo de los medios visuales, acompañados del cuestionamiento implícito o explícito de la centralidad referencial de la cultura literaria, ha sido determinante, pero poca duda cabe de que el impulso decisivo en esta dirección ha procedido del desarrollo de las formas digitales como, por ejemplo, la literatura electrónica, los videojuegos o, aun más recientemente, las denominadas narrativas transmedia, así como otros cauces, por ejemplo en el linaje de las **performances*, que han encontrado en la dimensión inter- y transmedial un territorio muy propicio. Se trata de un ámbito en plena efervescencia que no se acomoda en el entorno metodológico tradicional de la literatura comparada, a pesar de que en muchos de sus aspectos parecen concebidas para ser abordadas desde paradigmas afines a los adoptados por el comparatismo más reciente (Cornis-Pope, 2014).

A menudo parece como si la literatura comparada se hubiese desarrollado en plena tensión con las implicaciones del marbete que la denomina, plasmada sobre todo en la búsqueda permanente de un objeto y de un método precisos. Esta indefinición ha llevado incluso a que se haya hablado, jugando con las palabras, de la "indisciplina" del comparatismo, lo que a su vez puede explicar su tendencia a impregnar disciplinas más asentadas y campos próximos. Uno de los

representantes más visibles del comparatismo reciente, Haun Saussy (2006: 3), podía así afirmar, con la universidad norteamericana en mente, algo tan rotundo como esto: "Our conclusions have become other people's assumptions". Pero la autocomplacencia aparente se ve mitigada por la admisión de que la consecuencia de ello, o al menos la circunstancia que acompaña a tal situación, no ha sido sino la pérdida de la identidad disciplinar e institucional. Sea así o no, lo cierto es que abundan los casos en que surgen de continuo nuevos objetos de estudio, plenamente acordes con la perspectiva comparatista, que, sin embargo, no se encuadran de forma identificable y precisa en el presunto terreno académico de la literatura comparada.

Un caso singular podría ser el de la literatura vinculada a las migraciones contemporáneas, como pocas capaz de cuestionar las lógicas nacionales o territoriales y de implicar un horizonte plurilingüístico y transcultural. Es cierto que comparatistas de prestigio, como la italiana Franca Sinopoli, la han convertido, con una gran conciencia teórica y metodológica sobre sus implicaciones, en objeto investigaciones que no pueden adscribirse más que a la literatura comparada. Las denominadas literaturas migrantes desafían, en efecto, la noción misma de una literatura cerrada sobre sí misma y abre la vía hacia la consideración de la diversidad conflictiva de orígenes autoriales, de públicos, de procedimientos de consagración literaria, de circulación y, por supuesto, de las lenguas asociadas a los sistemas literarios. En el caso concreto de los escritores migrantes del contexto español hay que tener en cuenta además la implicación de lenguas de origen, incluidas lenguas coloniales distintas del castellano (francés a menudo), y de distintas lenguas de destino vinculadas al plurilingüismo oficial y real de las letras españolas. Pero más allá de todo ello, la literatura migrante muestra, mediante las características de un corpus emergente ajeno al horizonte original de la literatura comparada, la necesidad de una perspectiva global o planetaria, que con frecuencia — como ha visto bien Sinopoli— desafía los paradigmas de sostienen muchas de las propuestas de una literatura mundial. No obstante, el campo no es coto de los comparatistas de oficio y es frecuentado no sólo por representantes de otras disciplinas no literarias—sociólogos, demógrafos o politólogos—, sino por investigadores de literaturas singulares o del entorno más impreciso de los estudios culturales. Y lo mismo sucede con otros muchos campos, que despuntan y luego pasan a un segundo plano sin hacer de su filiación disciplinar una prioridad, tampoco a la literatura comparada. Así se concibe este otro comentario de Saussy, como el anterior en el marco del informe sobre el estado de

Comparada

la disciplina preparado para la ACLA en 2004: "It may be that the present institutional form of comparative literature is only a transitional guise, preparing the way for an overhaul of the humanities in general. What needs propagating is the comparative reflex, the comparative way of thinking not the departamental name" (Saussy, 2006: 5).

Cabe admitir, con todos los matices del caso, que esto sea así en Estados Unidos, no seguramente tanto en Francia, cuya lógica disciplinar y académica es distinta. En España la literatura comparada no ha llegado a tener un reconocimiento independiente desde el punto de vista de las titulaciones de licenciatura y grado, aunque exista desde 1974 una Sociedad Española de Literatura General y Comparada (SELGYC), denominación que remeda la que había adoptado un año antes la correspondiente asociación francesa. Su entrada efectiva en los currículos y compartimentaciones administrativas no se produjo hasta los años 90, mediante la transformación del área de Teoría de la literatura en área de Teoría de la literatura y Literatura comparada y la creación de una titulación homóloga, aunando en una misma adscripción académica dos materias cuya peculiaridad compartida es la de substraerse al marco nacional o monolingüístico de las filologías tradicionales. Este marchamo oficial motivó una eclosión de publicaciones en el nuevo campo académico, percibido como novedoso en su momento, aunque la circunstancia de su asociación a la teoría literaria diese lugar a una querrela, casi siempre mantenida *sotto voce*, en la que mantuvo una posición beligerante Claudio Guillén, cuya trayectoria puso en conexión dispar el comparatismo de la universidad norteamericana de la posguerra con la española de la democracia (Cabo, 2007). La vinculación aludida no pudo más que contrariar a Guillén, quien se había distinguido entre los promotores de una solicitud para la creación oficial del área de Literatura comparada en la Universidad española. Buena prueba de este incomodo son reflexiones tan interesantes como las del prólogo a la segunda edición de *Entre lo uno y lo diverso*, de 2005, o, antes, las de textos como "Dependencias y divergencias: literatura y teoría", parte de su libro *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario* (2001). El debate, que se puede ampliar a otros, pocos, autores, como Darío Villanueva, ha sido probablemente uno de los de mayor calado intelectual en el comparatismo español de los últimos años. Seguramente también se puede remitir a él, por esa asociación contrariada de la Literatura comparada y la Teoría literaria, así como por el trasfondo de rigidez institucional y curricular que denota, la escasa capacidad del

comparatismo español para intervenir eficazmente, a pesar de todo, en esa reconsideración radical del papel y de la práctica de las humanidades. que propugnaba Saussy pensando en el contexto norteamericano.

Los antecedentes del comparatismo hispánico son, con todo, significativos en muchos casos. Puede mencionarse, por ejemplo, al ya citado Juan Andrés, por cuanto su gran proyecto historiográfico, *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (publicado en Parma entre 1782 y 1799), ha sido presentado, razonablemente, como ejemplo destacado de historia universal de la literatura (Guido Mazzeo), como paradigma de la variante universal de la historia literaria erudita (Franca Sinopoli) e incluso como modelo de historia literaria comparada (Franco Arato, Pedro Aullón de Haro). En su obra resulta patente el esfuerzo por demostrar la situación privilegiada de la literatura española en el contexto de Europa, basándose para ello en su conexión con la cultura árabe, y enfatizando un aspecto que había estado ya muy presente en la obra de otros historiadores dieciochescos: la liminalidad y transividad cultural de la península ibérica. También se ha entendido como expresión de discrepancia con respecto al modelo francocéntrico de Europa propugnado por Montesquieu, entre cuyos fundamentos argumentativos estaba la desvinculación con respecto a la tradición clásica y el privilegio de Carlomagno y de la Edad Media germánica como origen implícito de la idea de Europa. Ciertamente no es un antecedente único, aunque tampoco la tradición del comparatismo hispánico pueda calificarse de nutrida o consistente, salvadas aproximaciones relevantes pero ocasionales. Se ha mencionado ya la atención hacia la literatura comparada que manifestó de forma repetida, y muy coherente con su propio proyecto intelectual, Marcelino Menéndez Pelayo. Podría dejarse constancia de obras tan sugestivas como *Shelley and Calderon*, en la tradición del comparatismo de las relaciones internacionales y los paralelos literarios, que publicó en 1920, en Londres y para un público inglés, Salvador de Madariaga, mostrando una de sus facetas fundamentales: la de activo mediador entre las culturas española e inglesa. Igualmente hay que reconocer la importancia de personalidades como la de Marcel Bataillon, primer presidente de la *Société nationale française de littérature comparée* (1956-1963), a través de obras como *Erasme et l'Espagne* (1937), que, aparte su condición de monumento del hispanismo, es como pocas la expresión del mejor comparatismo clásico. Y, por supuesto, habría que añadir ya en nuestro contexto más inmediato la importancia adquirida por determinados estudios imagológicos —por ejemplo, sobre el orientalismo hispánico o incluso

Comparada

sobre las imágenes de en las distintas literaturas hispánicas de los otros territorios peninsulares o americanos— o los estudios sobre literatura traducida, entre los que han destacado las investigaciones de Francisco Lafarga.

Pero ha de admitirse que, con respecto a una tradición disciplinar cuya dimensión geocultural ha sido siempre dominante, el papel o lugar de lo hispánico ha de definirse como frágil. Si se entiende el comparatismo como una estrategia disciplinar dependiente en lo básico de su identificación con una centralidad hegemónica, con una suerte de meridiano de Greenwich simbólico, siguiendo a Pascale Casanova, habrá que reconocer que los ámbitos hispánico y peninsular han ocupado en la época moderna un posición desplazada con respecto a él. En su revisión de la presencia de la literatura comparada en América latina, Eduardo Coutinho señalaba en 2004 que, en una primera fase, el comparatismo habría sido sobre todo un instrumento validador de la dependencia cultural, pero que, más tarde, habría propiciado instrumentos eficaces para una reconceptualización de la posición de Latinoamérica a este respecto. En ese sentido, la recuperación de la noción de transculturación, original de Fernando Ortiz, por parte de Ángel Rama en los años 70 habría tenido una función estratégica, pero también la reconsideración de los ejes de la práctica comparatista, atenta a la tradición americana específica y liberada de la minorización respecto a la tradición europea o norteamericana, que puede asociarse a la obra de Ana Pizarro o Beatriz Sarlo. Desde una perspectiva aparentemente más radical, Walter D. Mignolo, en cambio, acabaría preconizando una ruptura con la literatura comparada, en el marco de lo que denomina *decoloniality*, por las profundas implicaciones atribuidas a aquella con los procesos del colonialismo moderno y de lo que el investigador argentino, asentado en Estados Unidos, ha denominado occidentalismo.

La tensión con el comparatismo nunca ha sido tan intensa en la tradición peninsular, a pesar de que su papel durante mucho tiempo ha sido el de objeto pasivo de las prácticas del comparatismo dominante. No obstante, el desarrollo actual de la literatura comparada en el ámbito español, además de su profundización en otras direcciones, ha abundado en líneas que no distan en exceso de lo que observaba Coutinho como reconsideración de ciertos ejes de la representación cultural. Un atisbo de ello podría encontrarse, por ejemplo, en apoyos no siempre usuales, como el que Guillén buscó en la obra de Víctor

Zirmunski para asentar su noción de supranacionalidad, o varios investigadores de la Universidad de Santiago de Compostela, como en primer lugar Arturo Casas, rastrearon en las reflexiones sobre los procesos interliterarios del eslovaco Dionýz Ďurišin. Uno de los focos de interés ha radicado en el comparatismo intrapeninsular, uno de cuyos antecedentes principales está en la obra del portugués Fidelino de Figueiredo, quien se esforzó ejemplarmente por valorar la comunidad literaria peninsular desde el reconocimiento de la diferencia y autonomía de sus literaturas concretas y, en esa línea, incidió en un ejercicio de caracterización contrastiva de las literaturas portuguesa y española, que, en último término, podía entenderse también como una reivindicación simultánea de la personalidad literaria de Portugal y de, digamos, su normalidad y sintonía con la dinámica literaria peninsular y europea. Sobre ese eje construyó, de hecho, el que posiblemente sigue siendo hoy en día el principal ejercicio de comparatismo peninsular: su libro *Pirene* (1935), fruto de un curso impartido en la Universidad de Columbia. Como se deduce de lo anterior, el foco ibérico no implica necesariamente ensimismamiento, sino que a menudo significa sobre todo un énfasis del lugar desde el que se propone la práctica comparatista. Lo cierto es que en los últimos años ha dado lugar a frutos que merecen atención, como *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula* (Cabo et al., 2012), primera aportación liderada por investigadores españoles a la ya aludida Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas impulsada por la ICLA, o la colección "Relaciones literarias en el ámbito hispánico: traducción, literatura y cultura", dirigida por Luis Pegenauta en la editorial Peter Lang.

Una muestra de las implicaciones metodológicas e institucionales de este énfasis la encontramos en la nada desdeñable reconfiguración de los estudios hispánicos en centros tradicionales del hispanismo, como en particular las universidades británicas y estadounidenses. Sin que necesariamente prevalezca un planteamiento comparatista, es lo cierto que el éxito relativo de marbetes como Iberian Studies o Estudios Ibéricos ha implicado una reconsideración multilingüe del antiguo ámbito de estudios. Sin embargo, lo es también que esta sustitución no siempre garantiza la superación de lo que Joseba Gabilondo ha caracterizado como el "national excess" del hispanismo, y que, en último término, sustenta las propuestas de una aprehensión globalizadora y unitaria de este entorno, cerrado sobre sí mismo. Se denota en último término, aunque desde un cambio de lenguaje, la misma consideración de dicho ámbito como objeto que se encontraba en el comparatismo e hispanismo tradicionales. Frente a ello, se abren otros campos de

Comparada

análisis, menos proclives a reificaciones culturales y lingüísticas, como pueden ser los estudios atlánticos o las consideraciones que, en general, fuerzan la identidad entre territorio, lengua y cultura, acaso como marca de apertura hacia un comparatismo de nuevo cuño. Esto es lo que a menudo se ha entendido bajo el adjetivo *postnacional*, empleado y discutido en nuestro ámbito por el propio Gabilondo, Kirsty Hooper o Helena Miguélez. Lo que se pone en juego es la lógica geocultural de la investigación literaria, lo mismo que desde sus inicios ha sido seña de identidad de la literatura comparada. Al mismo tiempo, como en el moderno comparatismo, se pone en cuestión los marcos de referencia estables, de naturaleza ideológica en lo fundamental, para ahondar en las cuestiones centrales de lo literario y en la necesidad, aunque sea desde perspectiva fragmentaria y parcial, e incluso local, de considerar cada uno de los fenómenos relevantes en un contexto planetario.

BIBLIOGRAFÍA

- Alemaný Ferrer, Rafael y Francisco Chico Rico (eds.), *Ciberliteratura y comparatismo*, Alicante, Universitat d'Alacant y SELGYC, 2012;
- American Comparative Literature Association (ACLA). Página oficial, <http://www.acla.org> [Consulta: 1/4/2015];
- Apter, Emily, *Against World Literature. On the Politics of Untranslability*, Londres y Nueva York, Verso, 2013;
- Barricelli, Jean-Pierre y Joseph Gibaldi, (eds.), *Interrelations of Literature*, Nueva York, The Modern Language Association of America, 1982;
- Bassnett, Susan, *Comparative Literature: a Critical Introduction*, Oxford, Blackwell, 1993; Bernheimer, Charles, (ed.), *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1995;
- Brandes, Georg, *Main currents in XIXth century literature*, 6 vols., Londres, William Heineman, 1906;
- Cabo Aseguinolaza, Fernando, "Claudio Guillén o los equívocos de la teoría", en Túa Blesa et al. (eds.), *Pensamiento literario española del siglo XX, 1*, Zaragoza, Tropelías, 2007, pp. 89-104;
- Cabo Aseguinolaza, Fernando, "Dead, or a Picture of Good Health? Comparatism, Europe, and World Literature", en Susan Rubin Suleiman (ed.), *The Idea of Europe, Comparative Literature*, 58/4 (2006), pp. 418-435;
- Cabo Aseguinolaza, Fernando, Anxo Abuín González y César P. Domínguez Prieto, (eds.), *A Comparative History of Literatures in*

- the Iberian Peninsula*, Vol. I, John Benjamins, Amsterdam y Filadelfia, 2010;
- Cabo Aseguinolaza, Fernando, *El lugar de la literatura española*, volumen 9 de la *Historia de la literatura española* coordinada por José-Carlos Mainer, Crítica, Barcelona, 2012;
- Casanova, Pascale, *La République mondiale des lettres*, París, Éditions du Seuil, 1999;
- Cioranescu, Alejandro, *Principios de literatura comparada*, La Laguna, Universidad, 1964;
- Clements, Robert J., *Comparative Literature as Academic Discipline. A Statement of Principles, Praxis Standards*, Nueva York, The Modern Language Association of America, 1978;
- Cornis-Pope, Marcel, (ed.), *New Literary Hybrids in the Age of Multimedia Expression: Crossing borders*, Amsterdam, John Benjamins, 2014;
- Coutinho, Eduardo F., "La literatura comparada en América Latina: sentido y función", *Voz y Escritura. Revista de Estudios Literarios*, 14 (2004), pp. 237-258;
- Chernov, Igor, "National Literature: Theoretical Marginalia", *Poetics Today*, 12 (1991), pp. 769-771;
- Damrosch, David, "Rebirth of a Discipline: The Global Origins of Comparative Studies", *Comparative Critical Studies*, 3 (2006), pp. 99-112;
- Damrosch, David, "Toward a History of World Literature", *New Literary History*, 39 (2008), pp. 481-495;
- Domínguez, César P., Haun Saussy y Darío Villanueva, *Introducing Comparative Literature. New Trends and Applications*, Routledge, Londres, 2015;
- Espagne, Michel, *Le paradigme de l'étranger. Les chaires de Littérature étrangère au XIXe siècle*, Paris, Cerf, 1993;
- Étiemble, René, *Comparaison n'est pas raison. La crise de la littérature comparée*, París, Gallimard, 1963;
- Étiemble, René, *Ensayos de literatura (verdaderamente general)*, Madrid, Taurus, 1977;
- Fehrman, Carl, *Du repli sur soi au cosmopolitisme: Essai sur la genèse et l'évolution de l'histoire comparée de la littérature*, Paris, Éditions TUM/Michel de Maule, 2003;
- Frenz, Horst y Newton P. Stallknecht, (eds.), *Comparative Literature: Method and Perspective*. Carbondale: Southern Illinois Press, 1961;
- Gabilondo, Joseba, "Spanish Nationalist Excess: A Decolonial and Postnational Critique of Iberian Studies", *Prosopopeya*, 8 (2013-2014), pp. 23-60;

Comparada

- Garrido Gallardo, Miguel Ángel, "Menéndez Pelayo y la Literatura comparada", *Revista de Literatura*, LXXV (2013), pp. 529-546;
- Grishakova, Marina y Marie-Laure Ryan, (eds.), *Intermediality and Storytelling*, Berlín, Walter De Gruyter, 2010;
- Gnisci, Armando, Franca Sinopoli y Nora Moll, *La letteratura mondiale nel XXI secolo*, Milán, Bruno Mondadori, 2010;
- Guillén, Claudio, *Teorías de la historia literaria: (ensayos de teoría)*, Madrid, Espasa Calpe, 1989;
- Guillén, Claudio, *Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets, 1998;
- Guillén, Claudio, *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 2001;
- Guillén, Claudio, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (Ayer y hoy)*, Barcelona, Tusquets, 2005;
- International Comparative Literature Association (ICLA). Página oficial, <http://www.aile-icla.org> [Consulta: 1/4/2015];
- Lafarga, Francisco y Luis Pegenaute (dirs.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid, Gredos, 2009;
- Martí Monterde, Antoni, *Un somni europeu. Història intel·lectual de la Literatura Comparada*, Valencia, Universitat de València, 2011;
- Mignolo, Walter D., *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal, 2003;
- Miner, Earl, *Comparative Poetics. An Intercultural Essay on Theories of Literature*. Princeton; Princeton University Press, 1990;
- Moretti, Franco. "Conjectures on World Literature." *New Left Review* 1 (2000): 54-68;
- Moretti, Franco, *La letteratura europea*. Turin: Giulio Einaudi, 1993;
- Pageaux, Daniel-Henri, "Iberica", *Revue de Littérature Comparée*, 289 (1999), pp. 63-75;
- Pageaux, Daniel-Henri, *La Littérature générale et comparée*, París, Armand Colin, 1994;
- Remak, Henry H.: "La literatura comparada: definición y función", en María José Vega y Neus Carbonell, *La literatura comparada: principios y métodos*. Madrid, Gredos, 1998, 89-99;
- Said, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990; Saussy, Haun, ed., *Comparative Literature in an Age of Globalization*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2006;
- Sinopoli, Franca, *Storiografia e comparazione. Le origini della storia comparata della letteratura in Europa tra Settecento e Ottocento*, Roma, Bulzoni, 1996;

Fernando Cabo Aseguinolaza

- Sociedad Española de Literatura General y Comparada (SELGYC), página oficial, <http://selgyc.com/> [Consulta: 1/4/2015];
- Spivak, Gayatri C., *Death of a Discipline*, Nueva York, Columbia, 2003;
- Texte, Joseph, *Jean-Jacques Rousseau et les origines du cosmopolitisme littéraire*, París, Hachette, 1895;
- Tötösy de Zepetnek, Steven (ed.), *Comparative Literature and Comparative Cultural Studies*, West Lafayette, Purdue University Press, 2003;
- Van Tieghem, Paul, *La littérature comparée*, París, Armand Colin, 1931;
- Villanueva, Darío, "Literatura comparada y Teoría de la literatura", en D. Villanueva (coord.), *Curso de Teoría de la literatura*, Madrid, Taurus, 1994, págs. 99-127;
- Villanueva, Darío, *El polen de ideas: teoría, crítica, historia y literatura comparada*, Barcelona: PPU, 1991.

FERNANDO CABO ASEGUINOLAZA

Universidad de Santiago d Compostela

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales